

Ante todo me apresuro a decir que yo no soy ni mucho menos un experto en el *Quijote*, ni en ningún otro libro: ni siquiera en los que he escrito. Del *Quijote*, además, menos que de ningún otro. Vossler decía que el *Quijote* es como una lagunilla que cualquier niño puede orillar sin peligro, pero donde el sabio más avezado se ahogaría si intentara cruzarla a nado. Y el *Quijote*, en efecto, es un libro para leerlo sin otro afán que el mero placer de la lectura, y así es como se leyó en la época de Cervantes y como lo han abordado y lo abordarán muchas generaciones de lectores. Así lo leí yo también con dieciséis o diecisiete años, y como no quiero cultivar la malicia avisada del perro viejo, de esos que van a la cacería de significados subyacentes, pues así es también como sigo frecuentando el *Quijote*: con mi mejor y más apasionada inocencia de lector. A mí el *Quijote* me divierte muchísimo, pero también me consuela, y me serena, y me reconcilia conmigo mismo y con el mundo, porque es el libro más humano, más cordialmente humano, que se haya escrito nunca. Luego, cómo no, el *Quijote* es también un libro inquietante, lleno de sugerencias, de resonancias infinitas, de significados que no se apurarán nunca, y ahí es donde uno se ahoga, o se convierte en náufrago. Pocos libros habrá donde haya tantos náufragos como en el *Quijote*: náufragos felices que nunca lograrán salir de ese mar sin orillas. Yo soy uno de ellos. A veces me canso de Quevedo, y necesito desquevedizarme, y desgongorizarme, y desfaulknerizarme y deskafkiarme y desvalleinclanarme..., pero del *Quijote* no me canso nunca. Cuando no tengo ganas de leer, cuando me saturó de letra impresa, y llego a aborrecerla y la aborrezco, siempre me queda el *Quijote*.

Se ha hablado mucho del poder de imantación del *Quijote*, de esa capacidad prodigiosa que tiene para atraer a su mundo de ficción todo cuanto se aventura cerca de su órbita. No sólo el historiador árabe, el traductor morisco y el narrador cristiano son ficcionalizados por la obra, y lo mismo Avellaneda y su falso *Quijote*, sino que parece que también nosotros, los lectores,

## UNA CONFERENCIA SOBRE EL



hemos sido engullidos por el libro y transformados en personajes menores de la obra, personajes que están leyendo el *Quijote* desde dentro del *Quijote*, del mismo modo que también *Las Meninas* nos obligan a instalarnos dentro del cuadro, a entrar como figuras imaginarias en su espacio de ficción.

# ENCIA INÉDITA L QUIJOTE

LUIS LANDERO



## Maravillas del mundo

De niño, allá en mi pueblo de Extremadura, yo creía que vivía en el centro del mundo, que Albuquerque era una gran ciudad, y su gente, gente mundialmente famosa. Y qué decir del castillo, y del río, y de la Piedra Berrocal. La Piedra

Berrocal es una piedra de granito, redondeada, enorme, que está en un lugar céntrico del pueblo, y tiene casitas adosadas, como una gallina y sus polluelos. Cuando fui a Madrid, con ocho años, un día en el colegio el profesor nos habló de las siete maravillas del mundo. Yo estaba seguro de que entre ellas, por fuerza, estaría la Piedra Berrocal. El profesor iba diciendo: las Pirámides de Egipto, el Coloso de Rodas, los Jardines de Semíramis, y yo me decía por lo bajo: "Ahora, ahora viene la Piedra Berrocal". Con el mismo estupor de aquellos que un día se enteraron de que la Tierra no era el centro del universo, me enteré yo de que nadie conocía Albuquerque, ni su castillo, ni su río, ni desde luego la Piedra Berrocal.

Si cuento esto es porque quisiera hablar de una novena maravilla (la octava era El Escorial, claro está, maravilla apócrifa que los ideólogos del franquismo agregaron rumbosamente a las otras), una novena maravilla, digo, que empecé a descubrir conscientemente a finales de los años 60. Lo diré en pocas palabras: desde la invención de la imprenta a nuestros días, el hombre ha creado un laberinto ante el cual las ocho maravillas juntas son un juego de niños. Ese laberinto es de papel. Y es que, desde cierto punto de vista intelectual, el mundo es una enorme biblioteca. Los libros se aluden unos a otros: se invocan, se refutan, se amplían, tienden entre sí puentes invisibles, hay pasadizos que comunican nuestras casas a través de los libros, y también hay pasadizos en el tiempo, que unen nuestros libros con los que tuvieron y frecuentaron Shakespeare o Schopenhauer. Todo eso ha creado una espesa urdimbre de afinidades intelectuales y sentimentales, de sobrentendidos, de querellas, de pasiones y desdenes: en fin, un repertorio inagotable e inextricable de vínculos y agravios afectivos. Alguna vez yo he intuido que la hija que tuvo Emma Bovary no fue otra que Nora, la heroína de *Casa de muñecas*, de Ibsen, la cual a su vez tuvo otra hija, que bien pudo haber sido Greta Garbo. Greta Garbo, siguiendo el ejemplo de su abuela y de su madre (y ya en tiempos más propicios para las reivindicaciones sociales de la mujer), viste pantalones holgados, fuma con desenfado varonil, se corta el pelo a lo "garçon",

disimula sus senos y sus caderas y atenta así contra la imagen exclusivamente maternal de la mujer. Y es que Emma y Nora anuncian un tipo de rebelión que, en efecto, habrá de cumplirse muchos años después. Los libros, todos juntos, parecen formar un único libro tendente a lo infinito. En los libros está la historia íntima y secreta del hombre moderno.

Pues bien, hacia 1970, yo comencé a descubrir esa novena maravilla: a vislumbrar zonas enormes de la cultura europea y americana que el franquismo y la ignorancia consentida, como tantas otras cosas, nos habían arrebatado. Un día descubríamos a Bertold Brecht, otro día a Joyce, y luego a Darwin, a Sartre, a tantos otros.

Fue entonces, en esos años de hallazgos deslumbrantes, cuando yo decidí que iba a ser escritor. Es decir: a vivir ya para siempre dentro del laberinto de papel. Y aquí, inevitablemente, nos topamos de nuevo con el *Quijote*. Porque don Quijote es el primero que, oficialmente, entra en el laberinto de papel, en la novena maravilla, y hace de él su casa, fundiendo de una vez para siempre la realidad imaginaria con la objetiva. Hay un momento en la historia en que nuestra subjetividad, nuestros recónditos mundos imaginarios (eso que luego se llamará el inconsciente), no sólo salen

a la luz con riguroso desenfadado, sino que se incorporan con plenos derechos al mundo real. La época moderna comienza oficialmente con el descubrimiento de América. De acuerdo. Pero, desde otro punto de vista, podríamos también decir que se inicia con el descubrimiento de ese otro gran continente que es el de nuestra más secreta subjetividad, no como fantasía o capricho, sino como parte soberana y decisiva de eso que llamamos realidad. Y los dos artífices principales de esa revolución son Cervantes y Shakespeare.

Por eso el *Quijote* no sólo crea la novela moderna sino que nos ofrece uno de los más claros y permanentes signos de la edad moderna. Con el *Quijote* (y con Hamlet, y el rey Lear, y Otelu) vida y literatura (o, si se quiere, realidad objetiva y realidad imaginaria) confunden sus fronteras para siempre, que es también lo que propugnan los románticos, los surrealistas y otras vanguardias contemporáneas.

### Simbad y don Quijote

Vivir y soñar. Ir de las cosas a las palabras y de las palabras a las cosas. Yo creo que quienes mejor representan este viaje de ida y vuelta son Simbad y don Quijote. Figuras contrarias y complementarias. Simbad: va de la vida al relato.

Primero vive y luego cuenta. Es un mercader, nada fantasioso, que vive pacíficamente en Bagdad y que un día se embarca para ir a negociar a

lejanas tierras. Naufraga, y se ve envuelto en una aventura maravillosa. Y así siete veces. Al fin, rico en conocimientos y en tesoros, retoma su antigua vida sedentaria y se dedica a contar sus aventuras

a quien quiera oírlos. Hay un momento en que Simbad dice: "Ya está bien de vivir, ya es hora de contar lo vivido". Porque diríase que hasta que no contamos lo vivido no hemos acabado de vivir del todo.



Don Quijote hace el camino inverso: primero lee; luego vive. Don Quijote aprende a vivir en una biblioteca y un día dice: "Ya está bien de leer, ya es hora de echarse a los caminos y empezar a vivir". Yo recuerdo en mi adolescencia que, después de atufarme sentimentalmente con los versos de amor de Bécquer o Neruda, salía a la calle y me enamoraba de la primera muchacha que veía. Íbamos de la ficción a la vida, de las palabras a las cosas. Y a veces hacemos el camino inverso: vivimos y luego lo contamos, y nunca somos transmisores fieles, sino que a la realidad objetiva le añadimos la realidad imaginaria. Así ocurre cuando soñamos o recordamos. O cuando escribimos, claro está.

### Mi primera experiencia estética

Les contaré cuál fue, y cómo, mi primera experiencia estética (que yo recuerde). Yo era niño y una vieja me contaba un cuento. Estábamos en el pueblo, en el corral de una casa, sentados debajo de un evónimo, que es un arbusto con empaque de árbol, de hojas muy apretadas y parecidas a las del laurel. El cuento era de un pescador que un día naufraga (o es premiado por perdonarle la vida a un pez, no recuerdo) pero el caso es que baja al fondo del mar y encuentra allí un reino submarino, con sus ciudades, sus palacios y todo cuanto se quiera imaginar. Allí el pescador casa con la hija del rey y durante un año viven muy felices. Pero luego el pescador empieza a sentir nostalgia de la vida pasada y decide regresar y pasar unos días con su antigua familia terrestre. La primera intenta disuadirlo con ruegos y amenazas, pero él se obstina en el viaje. Regresa, pues, a lomos



de un tritón, y descubre que, allá arriba, han transcurrido trescientos años (porque un año en el fondo del mar equivale a trescientos años en tierra). Su aldea ya no existe, y toda su parentela ha muerto. Quiere volver a su reino pero de pronto se convierte en un anciano de trescientos años y muere allí mismo, a la orilla del mar.

Ése era más o menos el cuento. Dentro de él había algunos ruidos, que uno escuchaba con la imaginación: las palabras de los personajes, el trajín de las olas, el viento de las tempestades, las voces de los marineros. Fuera del cuento había también otros ruidos, como por ejemplo las campanadas de la iglesia, el piar de los pájaros en el corral y, sobre todo, el rumor de las hojas del evónimo, que parecía sumarse al relato con sus cuchicheos y sus repentinos silencios. Quien haya escuchado alguna vez una historia de miedo habrá tenido la impresión de que, en efecto, los ruidos y las sombras del mundo real se van incorporando, por sugestión, al mundo imaginario. Y al revés: un crujido en el pasillo nos obliga a pensar que el asesino se



ha salido del cuento y viene en nuestra busca. Según se van acercando sus pasos, los límites entre la realidad y la ficción se desvanecen.

Y luego ocurría otra cosa: que a mí, al niño que yo era, me pasaba exactamente lo contrario que al pescador, porque si el pescador, al volver a su aldea descubre que durante un año de estancia en el mar han transcurrido trescientos años en tierra, yo descubría que, al regresar de los trescientos años de la ficción, en la vida real sólo habían pasado quince o veinte minutos. Y había otro motivo de perplejidad: el pescador, al regresar a la aldea, se encuentra con que las cosas ya no son las mismas de antes. Del mismo modo yo, al volver del reino fabuloso del cuento a la aldea de la realidad objetiva, descubría que también en las cosas del corral se habían producido cambios inquietantes. Y así, por ejemplo, resultaba que el evónimo estaba ahora contaminado por la ficción. El evónimo (con su rumor, sus sombras, sus siglos) comenzó a ser para mí algo más que un arbusto. Verlo o escucharlo, en la realidad o en el recuerdo, era y es como recordar el mundo de las realidades ficticias. El rumor de sus hojas ya

será, para siempre, algo más que eso: son también las hojas del mar, bajo las cuales hay un reino secreto.

Es de suponer que don Quijote, en la primera fase de su locura, debió de sufrir la impresión de que la silueta de un molino de viento se desdibujaba para tomar la forma, todavía vaga e intermitente, del ferocísimo gigante. Ese primer grado de locura es quizá la fuente del plano literario. La experiencia estética se parece mucho a la del borracho: que ve las cosas desdobladas, con la diferencia de que en el borracho las imágenes son exactamente iguales (donde hay un molino él ve dos), y en el arte y en

la literatura las dos imágenes se superponen y gravitan entre ellas hasta confundirse en una plural (un molino que es también un gigante, un rumor de hojas que es a la vez un rumor de olas). Ha tenido lugar una metáfora.

Ésa fue mi primera experiencia estética. Nadie describe mejor ese fenómeno prodigioso que Cervantes: don Quijote lee, lee y lee. Un día levanta los ojos del libro y, oh maravilla, he aquí que en el mundo cotidiano se ha obrado una metamorfosis, como le ocurrió al pescador al volver a su aldea, como me ocurrió a mí al acabar el cuento que alguien me contó debajo de un evónimo.

### Baciyelmo

Casi inevitablemente, se me viene ahora a la memoria, recuerdo ahora uno de los episodios más comentados del *Quijote*, el del yelmo de Mambrino. Alguien viene en un asno y trae en la cabeza algo que relumbra. Es un barbero, y lo que

le relumbra es una bacía de latón. Pero don Quijote no se deja engañar por las apariencias: es el yelmo de Mambrino, y el asno es un caballo, y el barbero, un caballero, y el latón de la bacía es oro purísimo. Así es don Quijote: cambia las cosas que ve por las cosas que imagina. En un instante transforma: asno en caballo; barbero en caballero; bacía de latón en yelmo de oro. Don Quijote le impone a la realidad objetiva esa otra realidad imaginaria que existe en nosotros, relegada casi siempre en la trastienda del espíritu. Porque uno es lo que es más lo que quisiera ser: lo que sueña, lo que desea, lo que imagina. Somos todo eso, estamos hechos con todos esos ingredientes. Por eso don Quijote nos es tan secretamente próximo, tan nuestro, tan real.

Porque, ¿qué hacemos cuando somos niños sino alterar la realidad para hacerla coincidir con nuestras fantasías? Un trozo de palo es un revólver que nos convierte en *cowboys* del Lejano Oeste, o una espada, y ya somos guerreros medievales. Una caña nos sirve de caballo; la chapa de una botella de cerveza nos servía para ganar el Tour de Francia.

Y así son don Quijote y Sancho: son como niños, y por eso los queremos tanto. Parece que todos los días, al levantarse, se dicen entre ellos: ¿A qué jugamos hoy? ¿A matar gigantes?, ¿a liberar princesas? Salgamos, pues, al camino a ver qué juegos nos tiene guardados el destino para este nuevo día.



**Luis Landero** (Alburquerque, 1948).

Empezó escribiendo poesía y tuvo el cervantino afán de ser un buen poeta, es uno de los novelistas más deslumbrantes de la literatura contemporánea. Ha impartido docencia en la Universidad Complutense, en educación secundaria y en la Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid. Ejerció los más diversos oficios para costearse sus estudios, como el de guitarrista flamenco, reflejado especialmente en su última novela. Su primera narración, *Juegos de la edad tardía*, recibió el Premio de la Crítica 1989 y el Premio Nacional 1990. *Caballeros de fortuna* (1994), *El mágico aprendiz* (1999) y *El guitarrista* (2002) completan su obra novelística. Ha abordado el género ensayístico con un muy personal toque narrativo en *Entre líneas, el cuento o la vida* (1996, 2001). Pueden leerse sus brillantes artículos de prensa en *¿Cómo le corto el pelo, caballero?* (2004). Luis Landero ha tenido la generosidad quijotesca de regalarnos el manuscrito inédito (cuya primera hoja publicamos en contraportada) de estas espléndidas reflexiones en torno al *Quijote*.